EMOCIONES POLÍTICAS. ¿POR QUÉ EL AMOR ES IMPORTANTE PARA LA JUSTICIA?

por MARTHA NUSSBAUM. Barcelona, Paidós, 2014, 555 páginas.

ISBN: 978-84-493-3045-2.

Durante siglos, dentro de la tradición occidental, las emociones fueron menospreciadas por la mayor parte de los intelectuales por considerarlas lo más próximo a la «animalidad» y por tanto un elemento no distintivo de aquello que constituía la esencia o naturaleza propia del ser humano, la racionalidad. Con honrosas y notables excepciones (Spinoza, Pascal, Hume, Dewey...), la filosofía se ocupó del intelecto, del espíritu, de la mente, y dejó a un lado el mundo de las pasiones y los sentimientos desterrándolos al cajón de sastre de lo irracional. Sin embargo, los avances experimentados en los últimos años por la neurobiología y la aplicación de los nuevos conocimientos a campos como el de la educación, han hecho que se despierte el interés por las emociones en numerosos pensadores que intentan investigar el papel que juegan en sus distintas áreas de especialización.

Éste es el caso de Martha Nussbaum, quien desde la filosofía política, nos presenta el libro *Emociones políticas. ¿Por qué el amor es importante para la justicia?* Por una parte, nos ofrece el repertorio de emociones necesarias para llevar a buen puerto un régimen sociopolítico dentro de las premisas del liberalismo político en la línea de John Rawls y del enfoque de las capacidades que ella misma ha defendido en sus obras (véase por ejemplo *Creating capabilities: The Human Development Approach*, 2011; o *Frontiers of Justice: Disability, Nationality, Species Membership*, 2007), advirtiéndonos de las emociones que hay que mantener a raya (asco, envidia, miedo, vergüenza...). Por otra, nos proporciona estrategias y recursos para el cultivo de las emociones públicas deseables. Nussbaum no es nueva en la materia. Muchas de sus obras tienen su eje central en la naturaleza de las emociones y de la imaginación, y en el problema de la interdependencia y vulnerabilidad humanas (*Love's Knowledge: essays on philosophy and literature*,

1990; *Poetic justice: the literary imagination and public life*, 1995; *Upheavals of thought: the intelligence of emotions*, 2001, entre otros).

Las emociones políticas o públicas son para Nussbaum aquellas que «tienen como objeto la nación, los objetivos de la nación, las instituciones y los dirigentes de esta, su geografía, y la percepción de los conciudadanos como habitantes con los que se comparte un espacio público común» (p. 14). Según cuáles sean pueden impulsar, colaborar, en la realización de los planes políticos, o descarrilarlos, introduciendo divisiones, jerarquías, desunión. Ello supone que, dado cualquier proyecto socio-político, debemos preguntarnos cuáles son las emociones que queremos activar en la ciudadanía con el fin de que nos ayuden en su logro. La unidad de análisis que la filósofa estadounidense va a utilizar es la nación

dada su importancia fundamental a la hora de fijar las condiciones de vida para toda persona sobre la base de la igualdad de respeto, y por tratarse de la mayor unidad política conocida hasta el momento que ha podido ser mínimamente responsable ante las voces del pueblo y capaz de expresar el deseo de este de procurarse a sí mismo aquellas leyes por él elegidas (p. 33).

La autora se centrará en los dos países que mejor conoce, Estados Unidos y la India, ambas democracias liberales, y de ellos extraerá la casi totalidad de los ejemplos de acontecimientos históricos, personajes relevantes, discursos políticos, himnos nacionales, arquitectura urbana... que mostrará en el libro como encarnación de las ideas expuestas.

El libro de Nussbaum se divide en tres partes: 1. Historia; 2. Objetivos, recursos, problemas; y 3. Emociones públicas. En la primera, la estadounidense presenta el problema de las emociones políticas a través de tres capítulos de contenido histórico (Rousseau, Herder, Mozart, Comte, Mill, Tagore). Ella secunda el argumento que se desprende de los escritos de Tagore y de Mill de que el cultivo público de las emociones, central para mantener unidos a los ciudadanos cuando éstos deban realizar sacrificios de su interés particular en favor del bienestar común, tiene que estar sometido al escrutinio de una cultura política crítica y firmemente comprometida con la protección de las expresiones disidentes.

La segunda parte (capítulos cinco al siete), contiene la tesis normativa de lo que debe entenderse por sociedad decente (*decent*), a la que valga la pena

aspirar y sea digna de ser sostenida, y los recursos de los que disponemos para lograrla y mantenerla desde el punto de vista de las emociones. Nos detendremos un poco en detallar este núcleo central del libro. Nussbaum presenta como marco normativo un modelo de sociedad a la que llama «aspiracional» (y que se correspondería con aquellas que deberían existir en los países que a sí mismos se denominan «democráticos» cuya máxima inquietud tendría que ser conseguir la justicia social) dentro de la línea del liberalismo político; esto es, se trata de una sociedad donde

los principios políticos no deben erigirse sobre ninguna doctrina comprensiva concreta, ni religiosa ni laica, del sentido y el propósito de la vida y, como corolario que se desprende del principio de la igualdad de respeto por todas las personas, todo patrocinio gubernamental de una visión religiosa o ética comprensiva en particular debe estar escrupulosamente restringido (p. 19).

Los principios políticos han de ser tales que pueden ser objeto de un «consenso entrecruzado» entre todos los ciudadanos que respeten a los demás como sus iguales y estén dispuestos a acatar unos términos equitativos de cooperación. Como características de este modelo, la filósofa norteamericana señala una serie de valores centrales, como la consideración de la persona como fin en sí misma, la idea de igual valor entre todos los seres humanos, la prominencia moral de la soberanía nacional, la igualdad de libertades políticas y civiles para todos los ciudadanos, el compromiso radical con la calidad en la educación y en la salud, la libertad religiosa amplia, y el fomento de la crítica y el debate (cap.5). Una vez que expone el tipo de sociedad que valora como deseable, su labor se centra en presentar una cultura política de las emociones que no se sustente en tradiciones teológicas o metafísicas, sino en la psicología empírica, en los estudios primatológicos de la relación entre los seres humanos y los animales, y en los estudios históricos y sociológicos sobre el prejuicio, además de usar ideas de Donald Winnicott sobre la imaginación y el juego (capítulos 6 y 7).

Nussbaum admite que la tarea de la creación de emociones públicas posee dos aspectos diferenciados, el de la motivación y el institucional, y que ambos deben funcionar en estrecha armonía:

Dicho de otro modo, los gobiernos pueden intentar influir en la psicología de los ciudadanos (por ejemplo, mediante la retórica política, las canciones, los símbolos y el contenido y la pedagogía de la

educación pública), o pueden idear instituciones que representen las percepciones profundas obtenidas a partir de una forma valiosa de emoción (por ejemplo, un sistema fiscal decente puede ser representativo de las percepciones profundas obtenidas a partir de una compasión debidamente equilibrada y apropiadamente imparcial) (p.36).

El rol de las instituciones es muy importante ya que las emociones en sí necesitan estabilizarse —decía Adam Smith que las personas pueden sentirse hondamente conmovidas por un terremoto en China y, al instante, olvidarse de esa impresión porque ha comenzado a dolerles un meñique—, y este es el papel que se le asigna a las leyes e instituciones. Emociones e instituciones deben establecer una comunicación bidireccional. Las emociones pueden servir de motor para crear instituciones justas y para mejorarlas. A su vez, cuando estas últimas encarnan ya las intuiciones y experiencias transmitidas por unas emociones positivas, facilitan la experimentación de esas mismas emociones. El libro de Nussbaum se centra en los aspectos de la motivación a los ciudadanos/as de emociones públicas positivas, examinando los recursos de los que disponemos y los problemas psicológicos que obstaculizan el camino. Así esta segunda parte termina con un análisis minucioso del tema de la compasión, humana y animal, y con el examen de lo que Kant llamó «el mal radical». Este puede ser definido como un conjunto de tendencias presociales de mala conducta que van más allá de las arraigadas en nuestra herencia animal compartida y que son más profundas que la variación cultural. Nussbaum considera que estas fuerzas son radicales porque están enraizadas en la estructura misma del desarrollo personal humano: en nuestro desvalimiento físico y en nuestra sofisticación cognitiva. La mejor forma de hacer frente a las mismas será a través del amor, visto por Nussbaum y muchos psicólogos como una relación que

incluye un reconocimiento placentero del otro como ser valioso, especial y fascinante; un impulso dirigido a entender su punto de vista; diversión y juego recíproco; intercambio y lo que Winnicott denominó «interjuego sutil»; gratitud por un trato afectuoso y culpa por los deseos o los actos agresivos propios; y, en último y principal lugar, confianza y suspensión de las demandas ansiosas de control (p. 214).

La tercera parte de la obra (capítulos 8 al 11) se ocupa de la realidad contemporánea y la historia reciente, con ejemplos, como ya dijimos, de

Estados Unidos y la India. El capítulo octavo trata el tema de la emoción patriótica o el amor al país propio desde el argumento de que, pese a sus abundantes peligros, ninguna cultura pública «decente» (*decent*) puede sobrevivir y florecer sin cultivar esa emoción de una forma adecuada. El patriotismo es comparado por Nussbaum con el dios Jano, el de las dos caras: mira hacia fuera, llamando al yo en ciertas ocasiones a cumplir con obligaciones hacia los demás, a sacrificarse por el bien común; y también mira hacia adentro, invitando a los «buenos» o «auténticos» patriotas a distinguirse de los foráneos o subversivos para luego excluirlos o discriminarlos. Por eso, la autora, sabiendo de la importancia del patriotismo, entendido como amor a la nación propia, para el logro y el sostenimiento del bienestar colectivo, advierte de cuatro peligros que deben ser sorteados: a) valores mal orientados y excluyentes; b) someter la conciencia de una minoría a una carga indebida mediante la imposición de unas actuaciones rituales; c) exceso de énfasis en la solidaridad y la homogeneidad capaz incluso de eclipsar el espíritu crítico; y d) el peligro de la «motivación aguada» (cuando no hay un amor particularizado). Respecto al primero de los obstáculos, señala la importancia de una cultura pública crítica, de inculcar el pensamiento reflexivo y el razonamiento ético en las escuelas. Es preciso asegurarse, defiende la norteamericana, que el relato de la historia y la identidad actual de la nación no sea excluyente; esto es, que no enfatice sólo la contribución de un grupo étnico, racial o religioso, omitiendo o denigrando a los demás. En cuanto al segundo y tercer peligro, la filósofa nos conmina a que interioricemos que la actitud realmente patriótica es la que rechaza la ortodoxia y la presión coercitiva, abanderando las libertades de pensamiento y expresión: la que hace de la criticidad una señal de identidad. La tercera dificultad fue ya percibida por Aristóteles como se advierte en la crítica que hizo a la ciudad ideal de Platón en su *Política*. El Metafísico sostiene que hay dos cosas principalmente que hacen que las personas tengan interés y afecto: la pertenencia —el que piensen que algo es sólo suyo— y la estimación —el que crean que ese algo es el único que tienen de su clase—. Esto es, para que los seres humanos se preocupen y comprometan por algo, hay que hacerles ver que el objeto de su potencial interés es en cierto sentido «suyo» y forma parte de su «nosotros» (p. 266). Nussbaum da una serie de consejos para enseñar el patriotismo en las escuelas, tema que ya ha abordado en varios de sus libros, como *Cultivating Humanity: A Classical Defense of Reform in Liberal Education* (1998): a) estimular el amor a la patria, ligado a valores buenos que puedan servir de base para más tarde criticar los perjudiciales;

b) introducir el espíritu crítico en las fases tempranas y continuar enseñándolo en todas las etapas; c) usar la imaginación posicional de tal forma que esta incluya la diferencia, por ejemplo mediante pequeñas representaciones teatrales que obliguen a los estudiantes a ponerse en el papel del excluido y puedan experimentar la punzada del estigma en su propia piel; d) mostrar los motivos de guerras pasadas, pero sin demonizar; y e) enseñar el amor por la verdad histórica y por la nación tal como esta es, subrayando la importancia del adiestramiento al alumnado en la evaluación de las pruebas históricas, así como en la construcción, crítica y, luego, defensa de un relato de los hechos históricos.

El siguiente capítulo trata el papel crucial que tuvieron los festivales trágicos y cómicos en la Grecia clásica para la educación de la ciudadanía. Nussbaum muestra que los dilemas trágicos juegan dos papeles en la vida política. En primer lugar, dirigen la atención emocional e imaginativa hacia los derechos fundamentales y hacia el daño que se ocasiona si esos derechos no están presentes. En segundo término, gracias a la experiencia emocionalmente difícil que proporcionan los dilemas trágicos, los ciudadanos aprenden que hay costes o pérdidas que son inconfundiblemente malos. Convencidas de ellos, las personas se esforzarán en pensar cómo construir un mundo donde no se vieran abocados a tales conflictos. La tragedia hace hincapié en nuestra fragilidad física y fomenta una compasión por los otros. La comedia, como la de Aristófanes, cuenta con un rol similar: con las insistentes y alegres alusiones a las funciones fisiológicas pide a los espectadores que se deleiten en su propia naturaleza física, tremendamente vulnerable. Dice la filósofa estadounidense:

El espíritu que animaba, no ya al teatro de Aristófanes, sino a los festivales cómicos en general, era el de la defensa de la paz pues se entendía que sólo en paz podemos disfrutar de la comida, la bebida y el sexo (e incluso del pederrearse o del cagar). [...] Así pues, los festivales cómicos como los trágicos, trataban asuntos dolorosos: los límites del cuerpo, su sometimiento natural a indignidades, su cercanía a la muerte. Pero el espíritu de la comedia [...] convierta esas desmoralizadoras condiciones en fuentes de deleite (p. 329).

Desde la realidad contemporánea, Nussbaum nos alienta a que busquemos nuestros propios métodos para el logro de los objetivos que cumplieran estos festivales teatrales, ya sea recurriendo a la retórica pública, como han

hecho grandes líderes como Martin Luther King o Gandhi, al arte visual bajo patrocinio público —por ejemplo, la selección de fotografías por Roosevelt para motivar a todos los estadounidenses a apoyar el *New Deal*—, diseñando parques y monumentos de un modo determinado (el monumento a Lincoln en Washington, el dedicado a los Veteranos de Vietnam diseñado por Maya Lin, etc.), estableciendo debates literarios abiertos a la ciudadanía (en la Alemania de Weimar se organizaron públicamente grupos de debate literario para los trabajadores como una vía de alimentación del diálogo cívico), eligiendo ciertas festividades como públicas y cuidando su contenido, etc.

Si queremos crear compasión cívica, hemos de conocer qué enemigos la amenazan. Este es el tema central del capítulo diez que se centra en tres de sus adversarios: el miedo, la envidia y la vergüenza. Quizá una de las principales enseñanzas del capítulo sea la necesidad de asegurar unos derechos básicos como medio de evitar males mayores. Rawls, quizá el filósofo político más importante de la segunda mitad del siglo xx, lo entendió perfectamente al proponer su modelo de sociedad en *Theory of Justice* (1971) basado en dos principios de justicia: 1. Cada persona tiene que tener un derecho igual al esquema más extenso de libertades básicas compatible con un esquema similar de libertades para otros, y 2. Las desigualdades sociales y económicas deben de resolverse de modo que: a) resulten en el mayor beneficio de los miembros menos aventajados de la sociedad (el principio de la diferencia), y b) los cargos y puestos deben estar abiertos a todos bajo condiciones de igualdad de oportunidades (justa igualdad de oportunidades). El pensó, sostiene Nussbaum, que aunque no se erradicará la envidia en el seno de la sociedad, se impediría que los perjuicios fuesen intolerablemente elevados porque las

personas sabrían que sus derechos básicos estarían garantizados con independencia del mérito, lo que eliminaría una amplia dosis de inseguridad. Además, esas mismas personas tendrían un «sentido común de la justicia» y estarían «vinculadas por lazos de amistad cívica», factores que también suprimirían, como mínimo, algunas dolorosas sensaciones de inseguridad. En cuanto a la condición social propiciadora de la envidia, la estructura económica de la sociedad rawlsiana aproximaría las personas entre sí más que en muchas sociedades, lo que haría que las diferencias posicionales fueran menos prominentes. Por otra parte, la visibilidad de las

distinciones también disminuiría en virtud de la inmensa variedad de organizaciones y ocupaciones de las sociedades modernas: no habría una escala única que fuera relevante para medirlas todas. Por último, no existiría una competencia organizada en torno a una única dimensión, sino que tendría lugar en múltiples dimensiones, lo que ofrecería numerosas alternativas constructivas a la envidia, al menos tantas como en otras sociedades modernas (p. 415).

A modo de antídoto para la envidia, añadirá Nussbaum, necesitamos una conciencia de suerte común y una amistad que atraiga a todos hacia un mismo grupo, con una tarea común en la que comprometerse.

El cierre de esta tercera y última parte es un capítulo resumen con el título «De qué modo es el amor importante para la justicia», en el que sintetiza las ideas fundamentales que se han desarrollado a lo largo de toda la obra. Deja claro que mantener la relevancia del amor para la justicia no supone sostener que éste sea una base en la que cimentar acriticamente los principios políticos, que pueda conseguir algo bueno por sí solo, sin argumentos ni normas generales, y ni siquiera pretende dar a entender que todos los ciudadanos deben sentirse movidos por el amor político. El significado que Nussbaum da a estas palabras es

que la cultura pública no sea tibia y desapasionada, pues, de serlo, corremos el peligro de que no sobrevivan los buenos principios y las buenas instituciones: esa cultura pública debe contar con suficientes episodios de amor inclusivo, con suficiente poesía y música, con suficiente acceso a un espíritu afectivo y lúdico, como para que las actitudes de las personas para con las demás y para con la nación que todas ellas habitan no sean una mera rutina inerte (p. 386).

Libro muy recomendable y con profundas consecuencias prácticas para cualquier educador concienciado del fuerte compromiso sociopolítico de su tarea, construido a base de utilizar fuentes de muy diversos campos (filosofía, psicología, antropología, sociología, estética, música, ciencias políticas, etc.) que aportan a la obra una enorme riqueza y claridad conceptual.

Virginia Guichot Reina
Universidad de Sevilla
guichot@us.es